

B X 4254 SERMONES PANEGIRICOS

L. 3

V. 2

Compendio de la Abadía de Montmartre, y primer Obispo de París: Traducido del Francés por el Sr. D. Juan de la Cruz, Religioso de la Orden de San Agustín, y de la Academia de las Ciencias y Bellas Letras de Francia.

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

POR

EL Sr. D. JUAN DE LA CRUZ, Religioso de la Orden de San Agustín, y de la Academia de las Ciencias y Bellas Letras de Francia.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135800

88001



PANEGÍRICO

DE SAN DIONISIO,

Apóstol de la Francia, y primer Obispo de París:

PRONUNCIADO

El día de su fiesta, á 9 de Octubre, en la Iglesia de la Real Abadía de Montmartre; y en el día de su octava, á 16 del mismo mes, en la Iglesia de San Dionisio de la Chartre.

Signaculum Apostolatus mei vos estis. Tú eres la señal de mi apostolado. I. Cor. 9. v. 2.

Si podrá desde el cielo en que se halla el apóstol de la Francia dirigir á los Franceses aquellas palabras que el apóstol de todas las naciones dirigia en otro tiempo á los Corintios? Vosotros sois, les decia, los testigos y

A 2

las

las pruebas mas constantes de mi apostolado. *Signaculum Apostolatus mei vos estis.*

Los frutos útiles y preciosos de tus trabajos, decia S. Juan Chrisóstomo hablando con San Pablo, subsisten aun despues de tu muerte. Las tierras que regaste con tus sudores, todavía son dignas de tu persona. Tu espíritu es el que se mantiene en ellas, y aun te pueden dar cuenta de la fe de que te son deudas. Si, bien puedes decir que en esas dichas tierras permanece siempre á la vista el precioso monumento de tus sucesos. *Signaculum Apostolatus mei vos estis.*

Y tú, ó Dionisio, que hiciste brillar en la capital de este imperio los primeros rayos de la fé, tú mismo reconoces aun en el dia tu preciosa obra. Este pueblo conserva todavía la Religion que te debe. Su zelo por tu culto, es tanto una prueba de su fidelidad, quanto de su reconocimiento. Las sendas de tu apostolado, no están cerradas ni desconocidas: Nosotros te honramos como á nuestro padre en la fé, y tú puedes confesarlos por tus hijos. *Signaculum Apostolatus mei vos estis.*

Como un ministro que hace resucitar en la Francia el ministerio de los primeros apóstoles, es como yo intento representáros á San Dionisio.

Dionisio renueva en Francia el mérito de los apóstoles. He aquí los trabajos de su apostolado. *Punto primero.*

Dionisio renueva en Francia la gloria de los apóstoles. He aquí los sucesos de su apostolado. *Punto segundo.*

La

La conversion de vuestros padres y mayores, christianos oyentes, fué en otro tiempo su obra, y puede decirse que, mediante vuestra fe, constituís aun en el dia su corona.

En lugar del apostolado que San Dionisio exerció con nuestros padres, exercéis, Señora (1), un encargo mas lisonjero, é igualmente eficaz en esta Real casa, de quien sois el exemplo y las delicias. Por la sabiduría de vuestro gobierno, la igualdad de vuestro carácter y la dulzura de vuestro espíritu, reynáis en ella sobre todos los corazones: la pública voz nos está diciendo la justicia con que al respeto que merece la brillantez de vuestro conocimiento se debe juntar el amor, que aun mucho mas bien mereceis por la delicadeza de vuestros sentimientos. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Los primeros apóstoles del Evangelio, no se introduxeron por sí mismos en el ministerio. Les destinó á él la Providencia, y conociendo ellos su llamamiento desempeñaron con tanta exáctitud y primor su destino, que aunque su zelo fué experimentado por medio de tantas contradicciones, jamas temieron sus tempestades.

Este mérito de los primeros apóstoles le renovó Dionisio en la Francia. Hizo ver de nuevo el mérito de su fidelidad, de su zelo y

A 3

(1) Madama de la Rochefoucaud, Abadesa de Montmartre.

de su paciencia. La fidelidad preparó y dispuso sus trabajos, el zelo les acompañó, la paciencia les coronó.

Yo no ignoro las contradicciones que á principios de este siglo se suscitaron entre los sabios. Sé que hacia mucho tiempo que se habia confundido por una no bien admitida tradicion á San Dionisio Areopagita con *San Dionisio* Apóstol de la Francia. No es mi ánimo discurrir sobre los plausibles motivos que determinaron á la Iglesia de París á distinguir en sus solemnidades á aquellos dos héroes christianos, sin embargo de que hasta entonces, ya fuese con razon ó sin ella, se habia creido hacer de los dos un solo y mismo héroe. Yo dexo á los curiosos disertadores el ingrato cuidado de registrar entre el caos de la antigüedad los pocos monumentos que nos presta para desentrañar la verdad escondida entre mil sombras que la obscurecen. Aun á pesar de las indagaciones mas exáctas, no me podria lisonjear de haberos instruido ni persuadido, por medio de ellas. Yo respeto, pues, y seguiré con gusto la opinion á favor de la qual se decida. El nombre de *San Dionisio*, no será ménos respetable porque carezca de un origen tan antiguo como el nacimiento de la Iglesia. Sino tuvo la gloria de haber sido convertido por San Pablo, á lo ménos no carecerá de la de haber sido enviado por el jefe y cabeza de la Iglesia. Es cierto tambien que no se le verá renunciar los ídolos por conviccion, pero sí destruirles por su zelo. El haber brillado entre los sabios del Areópago,

se-

seria para él un corto mérito; pero no así por haber brillado entre los héroes de la Religion, porque esto le constituye un mérito superior y permanente.

La Religion debe su establecimiento al ministerio de los apóstoles. Pero ántes de ejercitarse en él, habian recibido del mismo Jesu-Christo una autoridad legitima para predicar las verdades del Evangelio á todo el Mundo. La mision de que habian sido encargados estos héroes evangélicos por el Autor de la Religion, la recibieron sus sucesores en los tiempos que despues vinieron de aquellos que ellos habian puesto para representarles sobre la tierra. Ocupados todos los que eran cabeza de la Iglesia con el cuidado de extenderla y perpetuarla, lo tuvieron igualmente en repartir á todas las naciones diversos hombres con el encargo de llevar por entre aquellas tinieblas la luz de la verdad.

Entre el número de estos venerables hombres, nombrados por los soberanos Pontífices para propagar la fé entre las naciones, colocan las memorias de la Iglesia Galicana á *San Dionisio*, por haber sido desde luego llamado al ministerio apostólico. Permitaseme, hermanos míos, reflexionar sobre los caracteres ó señales de su vocacion, comparándola con la de tantos hombres temerarios, que intentan en el dia trastornar en Francia la Sagrada Religion, cuyos fundamentos echó *Dionisio*.

¡Qué diferencia tan notable se encuentra entre éstos que quieren arrebatarnos la fé, y aque-

aquellos hombres que la introduxeron primeramente en este reyno! Yo no me paro en la diferencia que hay de unos talentos á otros, ni de las costumbres de éstos á las de aquellos: este reparo seria demasiado humilde para los Deistas, y por consiguiente muy ventajoso para *San Dionisio*. Solo pregunto, ¿en nombre de quien profetizó este glorioso Santo? ¿y en nombre de quien profetizan los oráculos modernos? Vosotros sois apologistas de la pretendida Religion natural, vosotros que os creéis autorizados para esparcir esa singular doctrina que intentais persuadir. Quando con mano atrevida trastornais los misterios, los milagros, el *Evangélio* y hasta la eternidad misma ¿quién sale garante de vuestros indignos proyectos? ¿De qué tribunal dimanara el derecho que con tanta osadía os abrogais? ¿os ha intimidado acaso el cielo sus órdenes? ¿os ha fortificado la Iglesia con su poder? No por cierto. Vosotros mismos sois los que os concedéis esa autoridad. Hablais, y en vuestras expresiones se conoce que es la preocupacion quien os guia, y la razon que os ilumina una razon seductora, que únicamente busca seducir á las demás.

No son estas orgullosas señales las que dan á conocer la vocacion de *San Dionisio*. El ministerio que ejercerá muy en breve, se le confió por una mano sagrada. San Fabian, aquel Pontífice á quien representa San Cipriano como el apoyo de la afligida Iglesia, el consolador de los perseguidos christianos, su apóstol por su zelo, por sus talentos su orá-

cu-

culo, su modelo por sus exemplos: sabio en su gobierno, fiel en su ministerio, superior á los peligros, rayo de la heregia, destructor de los ídolos, y, en fin, mas grande aun entre los suplicios que entre los honores, San Fabian fué el respetable ministro que ácia la mitad del tercer siglo, encargó á *Dionisio* la predicacion de la divina palabra á aquellos incultos pueblos que aun caminaban por entre las sombras de la muerte.

El fixar desde esta época el nacimiento de la Iglesia Galicana, seria usurparla una reconocida antigüedad que es la que forma su gloria. A los mismos discipulos de los apóstoles cuenta por sus primeros fundadores. Pero esto no fué sino como el nacimiento de una aurora que prometia el dia mas brillante y hermoso. Este, pues, comenzó desde que principió *San Dionisio* su apostolado.

Chorreando estaba aún la sangre de San Pothino, y ya parecia que en venganza pedia al cielo la destruccion de los ídolos. Mas para conseguirlo, era menester un hombre formado en la escuela de las ciencias y de las virtudes, un hombre firme é intrépido que venciese quantos obstáculos se le presentasen, y desease no solo los peligros, sino hasta la misma muerte, sabiéndola vencer, digámoslo así, haciendo el sacrificio de su misma vida, si el honor y la gloria de Dios lo exigiesen. Tal justamente es como se habia formado *Dionisio* en la Grecia, y tal como se ofreció á los designios del soberano Pontífice. A mí me parece oír decir á San Fabian transportado de ale-

alegría : Aquí tenéis al hombre hecho según el corazón de Dios : este es el vaso de elección que ha escogido para extender su nombre entre las naciones. *Vas electionis est mihi iste, ut portet nomen meum coram gentibus* (1). Anda nuevo apóstol, yo te envío mediante la autoridad que la divina misericordia me ha confiado : anda, exerce tu ministerio en la capital de las Gaulas. *In quas nunc ego mitto te* (2). En tí manifestará su poder el Todopoderoso. *Deus enim ostendet splendorem suum in te* (3). Con tu presencia se destruirá el orgullo de los mortales. *Incurvabitur sublimitas hominum* (4). Y el ídolo, delante del qual doblan con timidez la rodilla, no presentará otra cosa á la vista que una ruina vergonzosa y horrenda. *Et idola penitus conterentur.*

Esta es, hermanos míos, la que llamo una vocación parecida á la de los apóstoles. No de aquellos que se han declarado como hijos de la mentira y del error, sino de aquellos á quienes Jesu-Christo decía : yo os confío la suerte y el cuidado de mi Religión. Las puertas del infierno no servirán contra vos ni contra ella. Recibió, pues, *Dionisio*, el encargo de su misión, y al instante empezó á cumplirla. La inmensidad de su zelo responderá de la grandeza de su destino.

El ministerio de los apóstoles fué un ministerio

(1) Act. 9. 15.

(2) Act. Ap. c. 26. v. 17.

(3) Baruch. 5. v. 3.

(4) Isa. 2. 17. : 18.

ministerio laborioso. Quando dividieron entre sí la conquista del Universo, se abrieron un camino tan costoso como sangriento. El imperio de las preocupaciones, el reyno de las pasiones, la política de los poderosos y el furor de los tiranos, eran otros tantos obstáculos que se oponían á sus trabajos, y otras tantas barreras que detenían los rápidos movimientos de su zelo. Los apóstoles se propusieron menospreciar semejantes obstáculos, y salvar estas barreras. Por mas vasto y dilatado que fuese el Mundo entero, tal vez no sería comparable con la inmensa extension de sus deseos.

Los que animaban á nuestro Santo, pedían igualmente que sus trabajos no tuviesen otros límites que los del Universo. Pero fué la capital de la Francia la region que en sus altos decretos le señaló la divina Providencia para que le sirviese como de teatro á su apostolado.

Acompañado de Rústico y de Eleutherio, aquel como un nuevo Thimotéo, y éste como otro Esteban, despues de haber sido consagrado por la cabeza de la Iglesia, y de haber predicado en Arlés en medio de las fatigas y de los peligros, imitando con su rápido curso la velocidad de su resplandor, se dexó ver *Dionisio* sobre las riberas del Sena. Penetró hasta esta ciudad, célebre ya en los fastos del Mundo por la conquista que habia hecho de ella Julio César : hasta esta ciudad, digo, no tan rica, dilatada y brillante entonces como en el dia, pero á lo ménos el centro del

del império, floreciente por la extension de su comercio, distinguida por el ingenio de sus habitantes, y mansion ya tambien de la licencia y del vicio, como que era el trono de la idolatria, del mismo modo que lo es en el dia el del escándalo y la luxuria por haberse hecho la escuela de la irreligion. ¡Oh ascendientes nuestros! Si vengo á turbar el profundo reposo de que gozais tantos siglos hace en el terrible lecho de vuestros sepulcros, no es tanto por recordar vuestros errores, quanto por aplaudir el singular mérito que tuvisteis en abjurarles y detestarles. *Populus, qui sedebat in tenebris, vidit lucem magnam.* El pueblo que estaba sumergido entre tinieblas, vió una grande y resplandeciente luz. ¿Un pueblo entre tinieblas? Sí, hermanos míos, esta imágen nos recuerda con demasiada fidelidad lo que eran en el tercer siglo los habitantes de París. Como hija de la ignorancia y madre de la supersticion, reynaba la idolatria en esta capital, protegida por las leyes.

No hablo yo precisamente de aquella idolatria grosera y estúpida, que en los tiempos mas remotos habia dado á los supersticiosos Gauslos por objetos de su adoracion, ya una antigua cadena, ya una onda de agua fugitiva; aqui una floresta consagrada por la pública credulidad, allí un marmol que aun no habia logrado la ventaja de ser pulimentado por las manos del artífice. No: hablo sí, de aquel tiempo en que vencidos por los Romanos, habian mudado los Gauslos los objetos de su culto, sin detenerse á indagar los mo-
ti-

tivos. El águila victoriosa habia traído desde Roma á París otras leyes y otra Religion. Ya no se atribuía la divinidad á los sepulcros, sino para que mas bien se construyesen altares por las orillas del Sena, tan célebres como sobre las del Tiber. Muchos aseguran, que el adelantamiento que tuvo París en las ciencias y artes, mediante el comercio de los Romanos, no la sirvió de otra cosa que de saber deificar ó divinizar baxo de ingeniosos emblemas todos los vicios y pasiones. Como pueblo belicoso, y filosófico al mismo tiempo, era amigo de la literatura y de los combates: tan empeñado en conservar sus preocupaciones como sus derechos, y tan zeloso de su culto como de sus costumbres, reunía con un espíritu vivo y entendido una alma fiera, y con un corazon recto un inflexible carácter. Tal vez se condenaba á sí misma sus simulacros; pero les incensaba no obstante por respeto á sus dueños y señores, exigiendo lo mismo la política por su libertad, y el gusto por sus placeres. Los hombres se sujetan fácilmente á todo aquello que les lisongean sus pasiones. Una Religion acomodada á sus inclinaciones, atrae con facilidad su inteligencia. El imperio de la ilusion, es muy fuerte quando tiene por apoyo el encanto de los pensamientos.

Tales eran, y aun mucho peores, las tinieblas que cubrian el hermoso clima que habitamos. *Populus, qui sedebat in tenebris.* En medio de las fatales sombras que cubrian á este pueblo, digno de mejor suerte, hizo brillar *Dionisio* la luz de la fé. *Populus::: vidit lu-*
cem

cem magnam:: Habla, en fin, y dice á los grandes del Mundo, que se deben humillar delante del Dios muerto por ellos en el Calvario. A los sabios, les enseña los misterios que deben someter su razon, y cuya profundidad no les es permitido sondear. A los filósofos mundanos, los ofrece milagros en lugar de razonamientos y discursos. A los oradores, no procura cautivarlos con los atractivos encantos de la eloqüencia, sino atraerlos por medio de los insinuativos rasgos de la gracia. A los crédulos y abusadores, les hace ver el escándalo de su culto, y la impotencia de sus simulacros. Les asegura, que multiplicar la divinidad es destruirla. ¡Qué testimonios, qué pruebas tan decisivas y admirables fueron aquellas en que fundó la divinidad de Jesu-Christo! El nos le representa eterno y nacido en tiempo, inmortal y espirando en la Cruz, muerto por nosotros y resucitado para justificarnos. ¡De qué rasgos tan admirables se sirve para descubrir el espíritu del Evangelio, la sabiduría de sus preceptos, la utilidad de sus máximas, la perfeccion de sus motivos y la eternidad de sus castigos y recompensas!

Al oír este nuevo language, me parece que estoy viendo á las amedrentadas pasiones reclamar sus derechos, y á los condenados vicios solicitar defensores. ¡Vanos esfuerzos! *Dionisio* desafia, por decirlo así, á las contradicciones, y se avanza en medio de los peligros. El zelo á quien anima la gloria de Dios, solo teme el no ganar para él á todos los corazones. ¡Pueblos infelices! Salid, salid de vues-

vuestras tinieblas, y seguid la luz que camina delante de vosotros. Desde el punto en que empeceis á conocer vuestros errores é ilusiones, comenzareis á conocer la verdadera felicidad.

De este modo hablaba *Dionisio* para imprimir el respeto de la Religion Christiana, inspirar ácia ella el amor, y atraer á su establecimiento las atenciones de la Francia.

Y vosotros los que pensais en el dia destruir esta misma Religion, ¿os atreveréis á comparar vuestra conducta con la de *Dionisio*? Este hablaba delante de un pueblo inmenso, vosotros solo habláis en presencia de aquellos que se interesan en aplaudiros. Aquel se declara el ministro de Dios vivo, á quien quiere que todos adoren; vosotros aun no sois para declararos apóstoles del Deísmo que queréis introducir. Aquel demuestra, que el Evangelio es la fuente de la verdadera felicidad; vosotros pintais su doctrina como tirana. Aquel combate contra las pasiones; vosotros las favoreceis. Aquel expone la persecucion de la Religion para establecer en ella la divinidad; vosotros para disputarla esta misma divinidad la atacais por partes, porque no sois hombres para hacerlo en el todo. Los milagros acompañan á sus predicaciones, y vosotros los teneis por unos verdaderos engaños é ilusiones. Aquel dice á los Franceses: si no creéis en mis palabras, creed á lo ménos la infalibilidad de las promesas que Jesu-Christo ha hecho á su Iglesia: vosotros les decís, todos os engaña á excepcion de la razon. Nosotros

somos para vosotros una guia infalible ; como que somos los intérpretes que teneis de la razon. ¡Oh desgraciados filósofos! Si hubiéseis vivido en tiempo de *Dionisio*, tal vez podríais esperar mejores sucesos, pues predicaríais una Religion bastante conforme con la idolatría que vino á combatir y á arruinar ; pero en un siglo en que se conoce el valor de la fé y el mérito de la virtud, ¡ah! no podreis tener sectarios, sino entre aquellos hombres que recuerdan los desgraciados tiempos en que la Francia era idólatra, como que tienen todos los vicios proscriptos en la Francia Christiana. En una palabra, *Dionisio* lo hizo todo por la felicidad de este reyno ; vosotros todo quanto haceis es para su ruina y desgracia.

Todo lo que hizo nuestro Santo fué para el mayor bien de la Francia. He aquí en lo que consistió su zelo. Aun diré mas, sufrió todo quanto le sobrevino, y en esto consistió su paciencia. Paciencia, por cierto, igual á la de los primeros apóstoles.

Si nunca ha seguido vuestra imaginacion á los primeros conquistadores del Evangelio en la tempestuosa carrera de su ministerio, ¿á que se reduce lo que habeis visto? Unos hombres útiles por todos caminos y siempre contradichos. Unos hombres, á cuyos beneficios corresponde el Mundo ingrato con persecuciones. ¿Cómo es que se detienen en vencerle? Por un valor que le admira, por una dulzura que le encanta, por una paciencia que le confunde. Se puede decir, que el cielo

con-

concede al mérito de sus sufrimientos las victorias que habia negado al ardor de su zelo.

Sucesor *Dionisio* de los apóstoles en la predicacion de la fé, debia ser al mismo tiempo heredero de sus sentimientos. Apenas conoció el ingrato terreno, cuyo cultivo le confió el cielo, quando se entregó á todo lo que su ministerio tenia de mas penoso. No, solia decir él muchas veces, los esfuerzos y las contradicciones de los malévolos, no harán decaer la actividad de mi zelo. La indocilidad pondrá límites á mis trabajos ; pero yo jamas se los pondré á mi paciencia. *Libentissimè impendam, et superimpendar* (1).

El Señor tiene entre sus manos el corazon de los hombres. Puede en un instante hacerlos pasar de las tinieblas á la luz ; pero permite algunas veces que estos mismos hombres eludan, digámoslo así, y se burlen de las impresiones de su gracia por medio de una orgullosa resistencia. ¡Ah! El pueblo á quien nuestro Heroe intenta convertir, como poco ansioso desde luego de su verdadera felicidad, camina muy lentamente y entre los mas bien meditados obstáculos ácia las vivas y puras fuentes de la verdad.

Este es un pueblo ilustrado que tiene conocimientos. Mas á los méritos que no puede profundizar, les mira como unas ilusiones á quienes no debe creer. ¿Quánta paciencia no es menester para resolver sus dificultades, responder á sus razonamientos, desengañarle y

Tom. II.

B

ven-

(1) II. Cor. 12. v. 15.

vencerle? Pues la paciencia de *Dionisio* basta para atender á todos estos cuidados. Para quitar excusas se propuso resolver todas las dudas: *Libentissimè impendam.*

Es un pueblo voluble é inconstante::: Entónces se acusaba y aun en el dia se les tiene á los franceses por ligeros é insubsistentes. Yo no sé qual es mas difícil, si hacer que se fixe la inconstancia, ó sujetar la rebelion. El fruto de una larga paciencia, es el de detener en cierto y determinado punto á unos hombres que vagan de objeto en objeto, que siempre movibles é inconstantes se mudan á gusto del capricho, se deleytan con sus mismas irresoluciones, y no ven en una union estable sino una decente y honerosa cautividad. La paciencia de nuestro Apóstol no menosprecia á este insólido carácter. Sabe ser hombre con los hombres, y el modo con que perdonaba su indulgencia algunos defectos leves, le servia de un inocente artificio, con el que conseguia desarraigales de sus preocupaciones. *Libentissimè impendam, et superimpendar.*

Pero ¡qué tempestades hicieron resonar sobre su cabeza los alterados sacerdotes de los ídolos y los furiosos Druidas! Baxo estos nombres, hermanos míos, os debeis figurar unos hombres ambiciosos y poderosos, emprendedores y políticos, envidiosos y vindicativos, bárbaros y sacrilegos, unos hombres árbítrios en la Religion, filósofos reverenciados, sacrificadores supremos, intérpretes de las leyes, depositarios de la doctrina y encargados solamente de manifestar los oráculos de los Dioses:

ses: unos hombres colmados de honores, distinguidos por sus privilegios, zeladores hipócritas del culto, porque la magestad de él era el mas firme apoyo de su crédito; unos hombres hábiles en sorprehender la credulidad de los pueblos, y aun mucho mas para aprovecharse de la seduccion; en una palabra, indiferentes por los intereses de la patria, y siempre armados por los suyos propios.

A estos ministros de la falsa deidad les estaba reservado exponer la paciencia de *Dionisio* á las pruebas mas rigurosas. En París comenzaba ya á percibirse un rayo de la fé. Hiere su resplandor á sus moradores, y éstos buscan poderosos defensores á la declinante idolatría. Oponian grandes revoluciones á algunos ciudadanos sumisos, á los desengañados sabios sistemáticas sofisterías, y á algunos levitas fieles un mundo perseguidor. Oponian ademas contra el zelo de nuestro Santo las amenazas y la indignacion de los Césares, y en una misma y sola ciudad parecia, por decirlo así, haber dos diferentes poblaciones. En esta peligrosa fermentacion de los espíritus, permanecia siempre tranquilo y sin alteracion el del Santo Apóstol, viendo la tempestad y burlándose de ella. Las actas que conservan la memoria de su apostolado, nos le representan siempre invencible en medio de las flechas que le disparaba la incrédula ferocidad de sus enemigos. *Non veritus incredulæ gentis experire feritatem* (1). Sin otras armas

B 2

que

(1) *Ex act. Pass. SS. Dionis. Rust. et Eleut. Brev. Paris. 9. Oct. lect. 4.*

que las de su fé, sabia resistir á las empresas y maquinaciones de un pueblo armado para perderle. *Inermi viro non valebat plebs armata resistere* (1). Y ¿cómo habia de conseguir reunir las voluntades y unanimidad de unos hombres tan ingeniosos como interesados en romperla y desbaratarla? Por la paciencia. Por medio de ella es como consiguió aplacar los clamores, deshacer las conjuraciones, encantar los espíritus y documentar á los corazones. Por ella sabia hablar á un mismo tiempo á la razon que al sentimiento. En una palabra, como Apóstol, pastor, amigo y padre, solo hacia oír el language de la caridad; pero de aquella caridad humilde, pacífica, generosa y sufrida, que sabe atraerse las voluntades mas inconstantes y conseguir un imperioso ascenso que nada se le resista.

Y vosotros que os jactais de espíritus fuertes, é intentais separaros de nuestra Religion Santa para sujetarnos á la vuestra, ¿conoceis y practicais por ventura aquella caridad y paciencia que manifiesta *Dionisio* en el ejercicio de su ministerio? El Deísmo, de quien os declarais por apóstoles, ¿es acaso un Evangelio de caridad, ó de odio; de dulzura, ó de animosidad? Si juzgo por vuestros escritos, advierto que vosotros mismos publicais lo peligroso que es el atacaros y contradeciros. Empapadas en la hiel vuestras plumas, describen en todas las obras la suma acrimonia de vuestros resentimientos. Si juzgo por vuestra con-

(1) *Ex act. Pass. SS. Dionis. Rust. et Eleut. Brev. Paris. 9. Oct. lect. 4.*

conducta, veo que excitais en el mundo sabio una guerra escandalosa, que aun á la misma reputacion no respeta. Vosotros ultrajais á todo el mundo con los mas feos dictorios de la calumnia, manifestando bien claramente la poca humanidad que os asiste en medio de que incesantemente reclamais sus derechos. En efecto, ¿qué sucede quando contra vuestras paradojas se forman y oponen unos juicios legítimos y bien fundados? El que no respondeis sino por medio del acalorado entusiasmo del furor. ¿Que quando se descubren las horribles conseqüencias de vuestros principios? El que cruélmente perseguís á vuestro agresor, hasta en el sagrado seno de su familia, no librándose ni aun su misma providad de vuestras odiosas suposiciones. Y, en fin, ¿que quando nos tachais, acusándonos de una falsa filosofia y literatura? El que aquellos talentos que obscurecen á los vuestros, pierden su brillantez á vuestra vista, y lo que hay de mas sagrado, dexa de serlo para vosotros. Pero ¿nos deben sorprehender estos excesos? No, vuestra conducta es una infalible conseqüencia de vuestros principios. Como no conoce mas móvil que el interés personal, debe por consiguiente sacrificar á este vil precio la decencia, la equidad y todas las leyes.

¡Ah! ¡Con cuánta dificultad se podrá alguno persuadir, que una Religion semejante, es la de la sabiduría, la de la razon y la de la verdad! En una religion que es demasiado conforme con las pasiones de los hombres,